

Riqueza de la cultura nacional

LOS CAMBIOS mundiales de los últimos 30 años impactan no solamente a la economía o el comercio, sino a las más diversas esferas humanas; es el caso de la cultura, que vive nuevas realidades en circunstancias inéditas. Con una identidad propia y una tradición de sólidos antecedentes, nuestra cultura nacional incluyó siempre vibrantes expresiones populares. El toltecatoytl imperante por siglos como sistema cultural en Mesoamérica, basado en la idolatría, el teocalli, la fiesta pagana y la dura actitud guerrerista de sus pueblos, fue asaltado por la espada demoledora apoyada en la cruz. El mestizaje resultante al sometimiento militar-cultural europeo y la reacción a los excesos del poder por capas sociales emergentes en la Nueva España después independiente, da lugar a una peculiar visión del mundo en la que junto al conservadurismo barroco se mezclan los frescos vientos libertarios. Luego, mirando hacia Europa pero también subordinado al norte americano, México se incorpora al modernismo y el desarrollo de las civilizaciones.

En el siglo XIX –todavía poco reconocidos entre sí– los mexicanos aprenden a oponer las leyes constitucionales a las leyes divinas, la educación laica a la moralina religiosa, el patriotismo a la fidelidad ultramarina, el ejercicio de un pensamiento generoso al arte dispendioso. El México naciente al siglo XX, un país propiamente campesino, se impacta por acontecimientos mundiales que –como la Primera Guerra Mundial o la revolución socialista en Rusia– suceden en medio de firmes deseos por consolidar su identidad nacional. Aun bajo un capitalismo sin fuerza propia, la Revolución mexicana es un ancho y espléndido puente hacia la nueva patria en que al igual que la Reforma, los mexicanos se tantean como hacedores de su propia historia, hecho de lo que darán cuenta las décadas ulteriores. Una nueva cultura se abre paso en un país multidiverso, y prepara al México posrevolucionario para los cambios que se desenvuelven en el mundo. El nacionalismo, el laicismo, el respeto a las leyes, el pluralismo, el pensamiento libertario y en general el cuidado a la identidad de “lo mexicano” (más allá de los costos intelectualizantes que revela), son todos valores que toman forma de escuelas públicas y bibliotecas, educación superior mejor organizada,

una cada vez más vasta producción escrita, importantes movimientos plásticos y arquitectónicos, florecimiento de un arte audiovisual y literario, así como un estimulante quehacer científico marcado por las ideas positivistas en boga.

Cultura de talla universal

Así la cultura nacional, ese complejo proceso que sugiere el estado actual y alcance en el tiempo de nuestra civilización, ahí donde se construye de manera permanente la unidad de una nación en su diversidad material, ideática, espiritual, mediática, incluso lúdica, donde familias y comunidades comparten su presente a la vez que elaboran su futuro y se relacionan con su entorno, donde reordenan sus espacios y construyen sus relaciones reemplazando con sapiencia avenida su previa irracionalidad, la cultura nuestra se forja indeleble al paso de los años a la vez que ofrece figuras de talla mundial.

El aporte universal de los contemporáneos en los veinte, el muralismo de Rivera, Orozco y Siqueiros en los treinta, el cine de Galindo, Bracho o Gavaldón en los cuarenta, la arquitectura de Villagrán, Pani o Candela en los cincuenta, la radio antes con la Q o la W y la pantalla chica desde Televisión sobre todo a partir de los sesenta, la música mexicana de todos los tiempos desde el son hasta el corrido, desde el trío hasta el mariachi, desde la delicadamente oriunda de Ponce, Chávez o Revueltas hasta la vernácula de Guízar, Lara o José Alfredo, el periodismo de tradición librepensadora desde Altamirano o Ramírez hasta muchos otros ya entrado el siglo xx, y una literatura signada por el envite a la rebeldía renovada de Prieto o Regeneración en contra de la calma chicha porfiriana, de pensadores como Reyes, educadores como Vasconcelos, diplomáticos y políticos como Bassols, fotógrafos como Álvarez Bravo, dramaturgos como Usigli o novelistas y cuentistas como Rulfo, derivan de recursos transformadores en suplementos como México en la cultura y La cultura en México de Fernando Benítez o proyectos editoriales como el Fondo de Cultura Económica en manos de Arnaldo Orfila, invaluable promotor cultural de México en el mundo, dando cuenta luego de la mitad del siglo xx de un país patentemente nacionalista pero a la vez inmerso en el modernismo, donde la cultura mundial se entrelaza con las ideas preclaras de soberanía predominantes desde siempre y ya sólidas en el impar periodo posrevolucionario y cardenista.

En esos lustros las formas cúsiles de la cultura todavía incluyen a familias de ralea mirando de arriba-abajo al vulgo a su servicio, candorosos jóvenes clase-medieros más preocupados por su vestir que por su quehacer, célibes en busca del mejor partido que las encadene al compromiso maternal, “hombres de la casa” para quienes hablar de política es más un lujo intelectual que un compro-

miso social, diputados con tres casas chicas, profesionistas apetitosos del “éxito” en la vida... Por fortuna, sobre todo a partir de los cuarenta el quehacer educativo, científico y cultural de instituciones como la UNAM en el plano general y nacional, y de muchas otras universidades públicas en los planos regional y estatal, resultan motores insustituibles –como lo serán siempre en adelante– en la consolidación plena de una nación con identidad propia, nuevas ideas, mejores comportamientos y gran potencial universal vigente.

El entorno cambiante

Durante los sesenta, con el sello de todo aquel bagaje cultural el nuestro era un país que difícilmente aceptaba nuevas modas como la ulterior de Avándaro en adelante a la generación de la onda. En el entorno conservador de un ya correoso “nacionalismo revolucionario”, a pesar del rescate a la identidad en los avances del libro de texto gratuito para la educación básica, lo que podía considerarse la cultura política en un contexto mundial cambiante no vislumbraba todavía mucho más allá de la traza o visión oficial, y un genuino movimiento democratizador como el estudiantil del 68 caía como balde de agua fría en un medio donde los adultos eran todavía regentados por el paternalismo priista y los jóvenes ideales contenidos por el autoritarismo estatal.

Más allá de lo nacional, sectores avanzados sobre todo universitarios se inspiraban en escenarios que se construían antes y después del medio siglo, en una ruta nueva cuya mejor presencia era la de la Revolución cubana, el ejemplo del Che y la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz; pero donde en términos generales para el resto de la gente la palabra del presidente en turno aparecía como ley omnipresente. En ese entorno se forjaba una nueva generación de escritores, políticos y pensadores honrada desde revistas como Política o Siempre!, con el concurso oportuno del mejor periodismo en Excelsior, Novedades y El Universal, fortalecida con creces en el Círculo de Estudios Mexicanos, el Centro de Estudios Literarios, el significativo y poco comprendido aún Movimiento de Liberación Nacional y la sustancial labor de esfuerzos editoriales como Nuestro Tiempo, Era, Siglo XXI o Porrúa, en la Revista Mexicana de Literatura, Cuadernos del Viento o la Revista de la Universidad, posteriormente en la revista Estrategia, Cuadernos Americanos y otras.

En el entorno el boom de la literatura latinoamericana –Cortázar, Carpentier, García Márquez, desde luego Fuentes– mostraba no sólo el valor y la cuantía de los recursos de un idioma sembrado siglos antes de ignominia pero luego asumido con creatividad, sino además la rápida transformación de un país pre-

dominantemente rural en vigorosa sociedad urbana. En este itinerario de tradiciones libertarias, el nacionalismo y las aspiraciones democráticas tomaban cuerpo en sendos movimientos sindicales como el del magisterio con Salazar, el ferrocarrilero con Campa, el electricista con Galván, el universitario por el reconocimiento de sus gremios y otros que después del sismo del 85 incorporan a más vastos sectores de la que será reconocida como sociedad civil, en acopio a formas organizativas que respondieran a las necesidades de los nuevos grupos sociales. Testimonios como son del fin de la etapa nacionalista punteada por el apogeo de la filosofía de lo mexicano (Ramos, Caso, Gaos, Yáñez, Zea) que algunos en salida fácil pretendían enrocar en la epistemia posmodernista tan de moda luego, a fin de tratar de entender lo inentendible para ellos en la necesidad de amoldarse al entorno mundial cambiante.

En el plano internacional una larga tradición antintervencionista influida por las ideas bolivaristas y martianas donde el derecho de asilo, la postura antifascista, las ideas de autodeterminación, de soberanía popular y de las naciones sustentadas desde los orígenes por Morelos e Hidalgo, en la acción nacionalista y el internacionalismo de Cárdenas, en doctrinas como la Estrada o pensamientos como el de Mora, toma cuerpo en significativas gestiones de los gobiernos de los setenta, y abre el camino para el periodo de mayor influencia latinoamericanista en México, donde el exilio proveniente de las dictaduras centro y sudamericanas impulsa desde peñas musicales hasta cuantas manifestaciones en distintos rubros preceden a las ideas tercermundistas y el papel jugado por una avanzada diplomacia mexicana en foros multinacionales de los ochenta como en Contadora, con el tiempo aquélla también preñada inevitablemente por la mordiente influencia del dólar y la zanahoria, como se advierte luego en los noventa en la política exterior mexicana; en una época en que en forma declarativa muchos más de los que uno pensaría apoyan aún la unidad de Nuestra América, pero en la confusión de los tiempos pocos se ven dispuestos a promoverla activamente.

Un nuevo panorama cultural

Desde finales de los ochenta los cambios en el panorama político nacional y mundial, el creciente desgaste del priísmo, la recomposición de la izquierda ante el derrumbe del socialismo real, la incidencia porfiada y cada vez mejor organizada de la derecha y diversos sectores conservadores, pero sobre todo una mayor educación y más amplia participación de los mexicanos en un vasto panorama en el que la pobreza, el hambre y el desempleo obligan a tener que interesarse cada vez más por lo que pasa y lo que debiera suceder, preparan importantes reformas en las representaciones culturales del país.

Una nación multidiversa con enorme pluralidad étnica, rica variedad de regiones y distintos grados de desarrollo en las mismas, subculturas consecuencia de formas híbridas con raíces indígenas e influencias española, africana, indú, china, americana y de una multiplicidad de lugares más, con ancestrales tradiciones y distintas arraigadas costumbres sea en el norte, el centro o el sur, en las fronteras, las ciudades o las aldeas, en las costas, la montaña, la bravía tierra caliente o el cálido refugio de la fría sierra, ahí donde la migración interna e internacional promueve de manera permanente el variado mestizaje biológico y cultural, donde la transformación del paisaje rural en urbano suscita una mayor mezcla por la interrelación de los distintos grupos sociales, donde la variedad musical, alimenticia o idiomática determina las más variadas formas en la relación social de los mexicanos, una nación de estas dimensiones resulta proclive al frenesí de los nuevos tiempos.

La nueva era monopolar de las relaciones internacionales bajo la pretensión del dólar y el inglés como empresa filosófica mundial; la gran revolución informática y electrónica que rompe con las barreras del tiempo y el espacio pero a la vez fecunda la chabacanería por mercantilización sin precedente de lo cultural, entrando hasta las recámaras de los consumidores en forma de botones digitales, ratones virtuales y enajenación a la carta; el renovado engaño bajo nuevos perfiles que ejercen los medios acerca de un mundo que no acaba de arreglarse por mucho que del mañana se pase al hoy, donde la superchería más refinada ahora sustituye a los burdos estereotipos de antes; un mundo donde la práctica de lo sexual todavía se ve condicionada por viejos y nuevos tabúes, donde lo ético y moral sigue tejiendo espacios de engañifa y moralina, donde lo masculino aun permea a lo femenino y donde el género es tan escasamente comprendido que todavía tiene la necesidad de figurar.

Con todos esos contradictorios avances y limitaciones, a finales del siglo se advierte un México gradualmente distinto al de anteriores décadas cuya participación en el proceso de la mundialización se traduce en percepción hinchada de lo social por parte de su gente, resultado de la más vasta experiencia personal y colectiva, que da más cuenta que antes de sus circunstancias. El discernimiento y la sabiduría de esa gente respecto de su medio, de sus problemas y de algunas de las múltiples causas de éstos (secundada por lozanas presencias en una pedagogía de la liberación, la iglesia de los pobres, movimientos populares reivindicatorios, la solidaridad más amplia y una singular ciudadanía de las conciencias), es creciente y se manifiesta de distintos modos, desde la mayor atención a los sucesos cotidianos hasta una crítica más incisiva al empobrecimiento, desde la mayor condescendencia con la cultura mundial hasta la más sistemática búsqueda de interrelación y conocimiento por vía de nuevos medios como el Internet, que coadyuva también a globalizar su conciencia.

La traza de país subdesarrollado y sometido a las tendencias dominantes promueve nuevos influjos, entre otros la mayor incidencia del modo de vida estadounidense tanto por el peso que esa cultura tiene en el mundo y su deseo de convertirse en condición del futuro de todos, como por nuestra cercanía con la misma y la eterna vuelta al hogar de nuestros inmigrantes. Así en el cine, la televisión, la radio, la publicidad, el consumo, etcétera, quiere preponderar esa perspectiva, despuntando con mayor peso su cultura empresarial, la visión yupie de la gente bonita que se educa en universidades privadas, la importancia que tiene el individuo en ésta, la idea de que el mercado es la solución a cualquier problema social y personal, la cultura de la filantropía como política de Estado y otras formas. Aunque cabría reconocer también en ese creciente mestizaje que inunda al mundo entero y al del vecino, la incidencia del nuestro en el modo de vida allende el Río Bravo.

Hacia una nueva cultura política

Los cambios en el funcionamiento global del sistema, la mayor importancia adquirida por el sector de los servicios en la economía, la fragmentación de las empresas y del trabajo, el desmedido crecimiento de la riqueza de los menos frente al debilitamiento de las organizaciones sociales y políticas tradicionales de los más, el galopante desempleo y crecimiento de la economía informal, dan lugar a nuevas manifestaciones en los patrones de consumo y la manera como se produce y distribuye la riqueza, a través del multichambismo de los padres y la incorporación temprana al trabajo de los hijos a que obliga la despiadada mercadología y el deterioro del salario real, lo que repercute en las maneras en que la gente se relaciona entre sí. El crecimiento impetuoso de organizaciones sociales nuevas (ONG, organizaciones de base, agrupaciones ciudadanas y aun movimientos de resistencia) que contrastan con el relativo debilitamiento de aquellas formas tradicionales e inclusive se descubren como alternativas, dan lugar a nuevas modalidades del conflicto social y a originales revelaciones de una lucha ideológica intensa y extensa.

La participación ciudadana es mayor que en el pasado, tanto porque existe una población más escolarizada y educada cuyo conocimiento del medio iguala con la mayor conciencia de sus privaciones, como porque la propia miseria que impide contar con mejores condiciones de vida, le impele a protestar y buscar sus correspondientes formas de expresión, obligando a las existentes a ser más abiertas. Así, en esta vasta ascensión o “emergencia de los marginados” (como Zea denominara a un fenómeno mundial de finales del milenio), la opinión pública en los torrentes informativos –a pesar de incongruencias o incompeten-

cias que contrastan con la frescura de nuevos actores donde la caricatura política cuenta como siempre, con un espacio propio— se advierte más amplia y plural que antes, porque el periodismo actual vive a través de una nueva generación mejor preparada, y porque la participación y exigencia de los jóvenes y las mujeres en la sociedad y las acciones culturales, lo mismo que la de otros sectores marginales o marginados (indios, discapacitados, inclusive lesbianas, homosexuales, “sexoservidoras”), es más amplia como también mayor su concurso en la problemática del país.

En el caso particular de los indios, coras, chontales, huaves, lacandones, pames, raramuris, tarahumaras, zoques y tantos otros que ofrecen generosamente sempiternas culturas, más de 60 idiomas e infinidad de dialectos, siempre menospreciado pero al fin natural mexicano e inconmensurable actor a lo largo de la historia y en las grandes gestas revolucionarias desde la Independencia a la Reforma y la Revolución mexicana, tomado en cuenta como tema y asunto nacional por Aguirre Beltrán o Villoro, tratado de integrar culturalmente a la nación por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, convertido en problema no resuelto en el Instituto Nacional Indigenista o en pieza de museo en el Bosque de Chapultepec, entreverado con esa incontestable realidad como síntesis de un pensamiento natural y salpicado a la vez de tradición, hartazgo y renovación, en el zapatismo intenta encontrar el camino de un nuevo tributo a la capacidad de percepción y resistencia que el mexicano aspira de su realidad actual, y hace —al menos parte del mismo— un fresco aporte ahora al código ético y de conducta no sólo en la relación del poder con la sociedad sino a la vez de la sociedad consigo misma.

Así, permeado por los procesos cambiantes en el entorno tanto como por las transformaciones internas hasta de nivel político, donde la crisis y la incapacidad del sistema para paliar contradicciones lleva a las capas dominantes a resolver sus desacuerdos por medio del asesinato y la violencia, en el México actual —a diferencia de previas décadas en que se vivía en un país “aburrido”— se advierten significativas conversiones en la cultura política, en la identidad y la interdependencia étnica, en la religión y el mestizaje cultural. Las costumbres del complejo nacional se comparten más abiertamente y descolla la exigencia y vigencia de un mayor respeto a la diversidad. En el propio seno familiar, donde cambian con premura los conceptos porque cambia y exhibe su realidad una nueva problemática, se ostentan multiplicidad de expresiones inéditas que modifican las tradicionales relaciones en el matrimonio y la paternidad, como el cambiante papel con la incorporación más amplia y mayor educación de la mujer en sectores antes vedados, el combate al machismo y sus contrapartes, y la relativa mayor igualdad en las parejas.

No obstante la prevalencia de ciertos valores protoempresariales que defienden la soberanía del mercado por sobre todas las cosas y la dádiva como su puesta solución a la pobreza; no obstante el mayor peso político de sectores conservadores que promueven de nuevas maneras las viejas ideas sinarquistas, cristeras y antirreformistas; no obstante el oportunismo, la vendimia y el clientelismo todavía vigente en el sistema político mexicano; y no obstante las intenciones de algunos medios informativos de promover aquello que desde las instituciones inmoviliza y adormece, en lugar de avivar la crítica y fortalecer la organización, la misma necesidad de pensar en un México nuevo que alcance a resolver los graves problemas del mercado siembra por parte de sectores dominantes una mayor atención a ciertas formas democráticas, a la prevalencia de algunos derechos humanos, al combate a la hoy más evidente corrupción y a las maneras más abiertas de hacer política (siempre bajo la medida del Estado), o sea, de participar civilizadamente en la misma. Y a estas circunstancias se agregan nuevos vientos que, como la rejuvenecida lucha indígena restauradora de la dignidad popular-nacional, la de grupos resueltos de jóvenes universitarios o de los barrios empobrecidos, y la de una ciudadanía más capaz y decidida, quieren construir desde abajo los pisos de un edificio mejor diseñado donde en verdad quepan todos los que son y no sólo algunos de los que ni siquiera están.

Si bien prevalece en este entorno globalizador el riesgo de una mayor pérdida de soberanía, la misma interdependencia generada por la revolución informática y en las telecomunicaciones –y promovida por los capitales mundiales– se torna interdependencia cultural que amplía la percepción y la conciencia que los pueblos tienen de sí mismos y en cuanto a una identidad común, al humanismo y a la necesidad de incorporar al desarrollo mundial a los marginados, obligados a reconocer lo mismo la cultura indígena que la urbana, la modernizante que la popular. La variedad social en la actualidad es vasta y da cuenta de una notable suma de tradiciones y raíces que en una nación como la mexicana se mantienen y expresan a lo largo y ancho del territorio. La más atrevida cultura que promueven algunos medios da lugar a prácticas abiertas de comunicación, a una crítica más directa en la política, y a que se tomen en cuenta heterogéneas expresiones culturales y artísticas.

Reclamos de justicia y dignidad

En el horizonte es ahora mayor la proyección de las artes y en general de la cultura nacional, como lo es la de toda América Latina. A pesar de las limitaciones impuestas educativas y lúdicas, en un medio donde la lectura y diversión de

muchos mexicanos se reduce al domingo futbolero, lacrimosas telenovelas y pasquines semanales que mimetizan la ideología del “mejor de los mundos posible” en forma de Erotika, Tv y novelas y otras especies adulterantes de la vida real, y acompañados solícitamente por la industria filmoamericana y editorial mundial que aconseja en Vanidades o Dragon Ball cómo debiera de vegetarse ahora, o –como lo hace Selecciones de Reader’s Digest, obsequiosa editorial apuntalada para la guerra ideológica por la CIA– de qué debieran de enterarse los seres humanos; a pesar, incluso, de la vulgarización que hace el mercantilismo de los talk shows en el reconocimiento público que intentan también los mexicanos de su vida cotidiana, a pesar de todo ello los avances de hoy son incomparables con décadas anteriores.

Con propuestas que alcanzan mayores vuelos en el cine, en las artes plásticas, incluso en la literatura que –como otros ejemplos artísticos– pareciera querer dejar atrás la vergonzante etapa de mediocridad forjada a pulso durante años de complacencia y comercio de la conciencia de ciertos intelectuales y artistas con el poder, en la música popular (un importante bastión empalagoso de adormideras comerciales) se expresan más abiertas que en el pasado bisoñas “modas” pero a la vez la franca incidencia de una cultura antes subterránea en las tendencias de expresión rockera, los ritmos afroantillanos, la música de banda y otras formas musicales.

En su desprecio clasista y pueril actitud, para ciertos intelectualones, políticos, empresarios, el clero y de manera destacada los consorcios informativos, muchos jóvenes mexicanos son sinónimo de irracionalidad, delincuencia, drogadicción y vandalismo, lo que los coloca en el fango de la marginación, el olvido y la discriminación. A veces así desalentada y con un futuro incierto, esta nueva generación no obstante –ajena al yupismo baldío de otro rollo que promueven esos consorcios– sostiene una guerra permanente por sus espacios, por el respeto, la tolerancia y en contra del olvido. Comparten su mundo entre otros, niños a quienes les ha sido birlada una infancia y que encuentran en la calle su única simulada vida como payasitos, limpiaparabrisas, cerillos, diableros o tantos otros.

La larga huelga universitaria del fin del siglo, independientemente de cualquier consideración pero vinculada íntimamente en su fresca rebeldía a la trascendente lucha por la autonomía en el 29 y el movimiento reivindicador por la democracia en el 68, deja ver tiempos distintos en que los jóvenes mexicanos sufren por ser arrimados ellos y sus familias a aquel arroyo, pero a la vez resisten más allá del vilipendio y hasta la cárcel, permeados por el desprendido espíritu que germina con la época: nada para nosotros, todo para los otros; y –aun malmirados por licenciosas ultraderechas, difamados por intelectuales acomodaticios

o absurdamente incomprendidos por endémicas izquierdas— se muestran más dispuestos que nunca a defender su dignidad y sus razones, desde la esquina del barrio hasta el Aguascalientes espejo de agua donde con firmeza navegan sus sueños.

Al igual que la popular, en general alejada del puritanismo elitista, el desenfadado de la música urbana de esta inédita generación en Panteón Rococó, Los de Abajo, Nana Pancha y muchos otros grupos se torna en el cambio de siglo en resuelta forma de expresión de esa conciencia rebelde, que impacta al mundillo artístico nacional y extranacional desde el ska con el desfogado slam en las tocadas de los barrios hasta el mismísimo Concierto por la paz que vacuamente departieron con perversidad las dos principales televisoras, pero acabó por orientarse inopinadamente en favor de los desposeídos, o sea, “por la paz, pero con justicia y dignidad”. A diferencia de previas épocas en que solían formarse en el mitin o los círculos de estudio, en los noventa muchas y muchos jóvenes acuden a los bailes no a encontrarse ya con el mejor partido, sino por vez primera a conocer al Ché, Bolívar o Sandino en graffitis y canciones, y despabilan su conciencia no en los libros sino en las tocadas del barrio y aun en conciertos maniciados como aquél.

Así, el México de nuestros días refrenda en lo cultural muchas de sus tradiciones y costumbres, aunque en insólitas circunstancias que exhiben con ímpetu la presencia de innovadoras fuerzas sociales que inciden tanto en el impulso de aquéllas como en la búsqueda de soluciones a trabas viejas y nuevas en el país. En muchos mexicanos se advierte un más fresco talante, mayor irreverencia y menor ingenuidad para enfrentar las vicisitudes locales y nacionales, pues a pesar de la cándida remozada confianza en los gobernantes en turno subsiste una creciente actitud crítica de atrevimiento respecto a las salvedades o inconsecuencias de los mismos, en los medios, los encuentros, las organizaciones, y los acercamientos oficiales u oficiosos, y se advierte más proclive la gente de la calle a tomar en sus manos sus reivindicaciones, que a permitir que sean otros quienes dirijan sus acciones.

¿Qué o quién, al final de cuentas, es autor de este México contemporáneo del que tanto se enorgullecen unos, mientras que otros sufren dolorosamente todavía? Los cambios electorales del pasado reciente, donde se entrevera el desgaste de un partido político longevo, el hartazgo de la gente, las incongruencias de las izquierdas y la mayor organización política de fuerzas derechistas y proempresariales, dan lugar a circunstancias inéditas que para algunos simbolizan la puerta de entrada al luminoso desenvolvimiento del país. El PRI a la cabeza hasta hace poco, en su quebrantado consuelo insiste en haber sido él mismo, el hacedor de esta gran patria que nos rodea, mientras sus opuestos aprovechan para achacarle el haber fraguado lo que hoy consideran es un mal producto.

Lo cierto es que la alianza social que florece de la Revolución mexicana en el entorno del subdesarrollo –aunque en múltiples ocasiones haya respondido más a los intereses dominantes del mercado que a los nacionales y populares– movió fuerzas y conciencias a lo largo de la historia del país y permitió un presente repleto de logros y esperanzas. La política cultural del Estado siempre estuvo presente en ese quehacer, al enfatizar –muchas veces cuando menos en el discurso– los orígenes, valores, principios y circunstancias que a lo largo de la historia nos determinaron: la soberanía nacional, la unidad territorial, el federalismo, la democracia y la identidad. Los distintos gobiernos estaban así obligados a responder a las etapas del país en su desenvolvimiento y en ocasiones se sintieron orgullosos adalides de esa forja, aunque sólo fueran sujetos de una historia mucho más vasta y compleja.

En el trasfondo, alguien dijera, es como si la sabia lucha cotidiana de muchos decenios de las grandes mayorías de mexicanos, de los indígenas, de los obreros, de los campesinos, de los maestros, de los estudiantes, de las amas de casa, de los colonos, de los religiosos y religiosas honestos, de los profesionistas, de los empleados, de los pequeños y medianos propietarios, de los deudores, de los artistas e intelectuales comprometidos, de las mujeres, de los ancianos, de los jóvenes, de los niños, de los mismos funcionarios honestos hubiera conformado al tiempo y mucho más allá de las castas de los notables, de los gobernantes o de cualesquier partido político u organización social, la gran nación que ya es México.

Ahora los cambios en el panorama político, las directrices neoliberalizadoras, el entramado inexcusable de bienes culturales nacionales con los universales, y también esa cultura de la resistencia que crece y se entreteje con la novedosa lucha indígena que, como ha sustentado ella misma, no es sólo política sino “en defensa de la cultura”, porque, dicen: “no queremos que desaparezca” ni la lengua materna, ni la forma de vestir “como se vestían nuestros abuelos, porque no queremos despreciar a nadie, ni sus formas propias de curarse...”, deja ver que más allá de las intenciones privatizadoras e individualizantes de las alcurnias, son los más, los que no se ven, los más pequeños, quienes están transformando a este país en los inicios de un siglo más, y que es el voto de los pies el que cada día con mayor determinación establece los parámetros hacia una nueva política cultural del México actual.

Así, a pesar del reverdecer del conservadurismo por parte de fuerzas políticas con sempiterno poderío en el Estado mexicano; a pesar de la incidencia de los sectores económicos más retrógrados que persisten en su necesidad de construir un mundo donde el mercado sea el determinante fundamental de la existencia; a pesar de que núcleos importantes de la población están en instintivo respeto

a sus valores religiosos todavía movidos por la mercadotecnia de una dirigencia clerical cuyos intereses son más terrenales y cercanos a las elites de lo que aparentan; a pesar inclusive de las patéticas respuestas populares a la vendimia hollywoodense promovida en forma eficiente por los medios sobre todo televisivos, donde a luchadores sociales se les convierte en delincuentes y al ratón Miguelito en héroe nacional; lo cierto es que la cada vez más activa y decidida participación de la gente en el curso de su historia, aun con las deficiencias que ello tenga todavía, permite vislumbrar un México más acorde con aquello a lo que las amplias mayorías siempre han aspirado, que a lo que las minorías siempre han decidido.

Es ésta una esperanza que se renueva en cada hogar todos los días, por las calles, las escuelas o el trabajo, la poesía o los medios informativos, y donde en particular aquellos jóvenes tienen sin duda mucho que ofrecer. Papel fundamental de éstos porque más allá del lugar común, en ellos se encuentra una de las llaves para abrir las puertas hacia un futuro más cabal y armonioso para los mexicanos. Sobre todo, si a la indubitable actitud de entrega que esa generación ha comenzado a mostrar se suma el compromiso por aprender mucho más del pasado y sus errores, por estudiar y prepararse más allá del presente, en el rescate de la historia, en el conocimiento a fondo de sus circunstancias y la defensa irrestricta de sus derechos, en la necesidad de entreverar su energía y entusiasmo con una mayor sapiencia y decisión en la forja de un nuevo tiempo, en traducir su natural y apreciada candidez por la enorme inteligencia requerida para lidiar con la existencia, con irreverencia frente al poder pero a la vez con respeto a la postura de cada cual, hasta con antiolemonidad ante los rancios solemnes, pero con gran humildad frente a esta extraordinaria época que hoy nos complace vivir y compartir, en esta querida y gran patria que quisiéramos muchos ver unida, libre y soberana.